

Inspector
Salazar

7



**SIETE VIDAS
Y UN GATO**

M. J. Fernández

Porque la vida puede volverse del revés en pocos minutos. Salazar se enfrentará a uno de los casos más desconcertantes de su carrera cuando encuentran el cadáver de un hombre sin identificación al pie de los Riscos de Bilibio. ¿Se trató de un suicidio? ¿Un homicidio? ¿Quién era y por qué su vida acabó así? A medida que el inspector jefe y su equipo avanzan en las investigaciones, afloran descubrimientos inesperados que trascienden fronteras. Salazar deberá concentrar sus esfuerzos y hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para centrarse en el caso, al mismo tiempo que trata de encontrar y detener al asesino de policías que atentó contra una persona muy importante para él. Con su peculiar estilo, el inspector deberá desentrañar la madeja, aun cuando sabe que en la medida en que se acerque a la verdad, su vida correrá más peligro.

SIETE VIDAS Y UN GATO

M.J. Fernández

«Nada es permanente a excepción del cambio».
Heráclito.

Capítulo 1

El aullido del viento resonó en los oídos de Akram, y un frío le recorrió la espalda mientras luchaba contra los dos hombres que lo sujetaban con fuerza por los brazos y lo arrastraban en dirección al muro. Se sacudió y trató de zafarse, pero fue inútil. Se sentía demasiado débil y el dolor era insoportable. Tenía la certeza de que los malditos le habían roto algo por dentro.

Se estremeció. No supo si por frío o por miedo. Trató de frenar su avance, pero no fue capaz de resistir la fuerza que lo empujaba. Sus pies se arrastraron sobre la piedra de la balconada hasta que llegaron al muro. Las vistas desde allí eran impresionantes y para él, aterradoras. A sus pies se extendían metros de vacío y rocas... Duras y filosas rocas.

—¡Ayuda! —gritó con sus cada vez más exiguas fuerzas, pero no había nadie en la ermita. Solo lo escucharon el viento y las piedras.

Los hombres lo alzaron por encima del muro. Akram sintió que perdía la fuerza en las piernas y un vacío subió desde su pelvis. Su corazón latía como un potro al galope y el viento se reía de su terror. Se sacudió con todas sus fuerzas, con lo cual zafó uno de sus brazos de la tenaza que lo sostenía, al mismo tiempo que acertaba un puntapié en el hombre tatuado. El sujeto gruñó y le lanzó un puñetazo a la cara. El nuevo golpe aturdió a Akram, quien perdió las fuerzas para resistirse. El tío de los tatuajes lo

cogió entonces por una pierna, mientras su jefe le gritaba órdenes.

Al siguiente instante, Akram perdió la sensación de solidez bajo su cuerpo, mientras caía a una velocidad vertiginosa. Ni siquiera tuvo tiempo de sentir miedo o de reaccionar, antes de que las filosas rocas salieran a su encuentro. Un solo impacto, tan brutal que ni siquiera sintió dolor. Los restos del hombre que había sido Akram El Hashem acabaron al pie del risco, al mismo tiempo que sus asesinos se alejaban de la ermita.

Mientras el hombre de los tatuajes conducía, miró a su jefe de reojo. Se preguntó a sí mismo si su vida correría peligro. Se decía que él nunca dejaba testigos de sus crímenes. Entonces comprendió que tendría que mantenerse vigilante si no quería correr la suerte del infeliz que acababan de asesinar.

Capítulo 2

Sofía dormitaba en el asiento del acompañante, mientras Alonso conducía en la oscuridad. Un olor suave a ambientador de pino inundaba la cabina del coche y el ronroneo del motor la amodorró como si se tratara de una canción de cuna. Ella no esperaba regresar a Haro tan pronto, pero Olmedo no le dejó alternativa. Tenía que sobreponerse a sus sentimientos y ser profesional. La misión era prioritaria sobre sus problemas personales. El capitán necesitaba a uno de sus efectivos en Haro para que colaborara con la Guardia Civil y ella era quien mejor conocía el terreno, así que tuvo que acompañar al teniente Sastre de vuelta a la ciudad que tantos recuerdos le traía.

Durante el trayecto, Alonso le informó todo lo que sabía acerca del sujeto que motivaba su viaje. Sastre estaba emocionado por el encuentro que tendrían con el informante, pues hacía varios años que estaba detrás de Carlitos, quien para él era una piedra en el zapato.

–Y así de pequeño es el mundo –le dijo a su nueva compañera–. Hace pocas semanas nos trasladaron a mi mujer y a mí a un pueblo cercano a Haro, y resulta que el maldito Carlitos es nuestro vecino.

–Todavía no estamos seguros de que se encuentra en Haro –puntualizó Sofía–. Tal vez lo que nos revele el informante nos lleve a otro lugar.

–Está allí. Lo puedo sentir al alcance de mi mano. Y te aseguro que esta vez no se me va a escapar.

–Parece que tu problema con él es personal.

–No tienes idea de quién es este sujeto...

Alonso no quiso decir más, así que ella se concentró en leer de nuevo el expediente del caso que le entregó Olmedo, y luego decidió tratar de descansar un poco. Se le cerraban los ojos y casi se había quedado dormida, cuando las palabras del guardia civil la sacaron de su sopor.

–Tenemos problemas.

–¿Qué ocurre? –preguntó Sofía alarmada, pero en cuanto abrió los ojos comprendió la preocupación de su compañero.

Las luces de un vehículo de altura libre elevada se reflejaron en los retrovisores e iluminaron la cabina del coche donde ellos viajaban. El golpe no los sorprendió. Ya suponían que no se trataba solo de un conductor con prisas.

Con dificultad, Alonso consiguió controlar el coche, que amenazó con salirse de la vía por el encontronazo. Sofía trató de precisar quién los perseguía, pero la oscuridad y las luces que los encandilaban lo impidieron. Aun así, hizo una deducción.

–Parece un todoterreno o una camioneta de carga.

–En cualquier caso, tiene un motor muy potente y viene a por nosotros. Trataré de perderlo.

Alonso aceleró todo lo que pudo, pero el vehículo que los perseguía no se les despegó. Entonces comenzaron los disparos.

–¡Mierda! –exclamó el teniente, al mismo tiempo que Sofía sacaba su arma.

–¡Acelera, maldita sea! ¡Trata de perderlos!

–¿Y qué crees que hago? Esto no da más.

Sofía abrió la ventanilla y se asomó pistola en mano. El viento frío le azotó el rostro y las explosiones le erizaron los vellos de la nuca. Lo único que vio fueron las luces del coche que los perseguía. Tendría que ser suficiente. La

inspectora disparó una vez, dos, tres. No tenía idea de si estaba dando en el blanco o enviando las balas a los terrenos baldíos que los rodeaban.

Después de vaciar su arma, volvió a la cabina para reponer municiones. Sus manos temblaban y el cargador se le resbaló entre los dedos, mientras los disparos desde la camioneta rompían el silencio de la noche. Entonces escuchó un grito a su lado. Miró a Alonso y una sensación de vacío le subió desde el estómago hasta la garganta cuando comprobó que el gemido provenía de su compañero. Una mancha roja se extendió en la camisa del teniente y sus ojos se abrieron de par en par, mientras el color abandonaba su rostro.

El coche comenzó a dar bandazos, al mismo tiempo que Sofía cogía el volante desde su incómoda posición, en un esfuerzo por mantenerse en la carretera. Tal vez lo habría conseguido si no hubiera sido por la nueva embestida de la camioneta que los perseguía. Fue el golpe de gracia.

Sofía vio con espanto que el coche atravesaba el guardarraíl. Entonces recordó que se había quitado el cinturón de seguridad para disparar al acosador, y comprendió que esa sería su perdición. El mundo se puso del revés, y luego se sumió en la oscuridad.

Capítulo 3

La luz mortecina de la mañana otoñal se coló entre las lamas de la persiana de la cocina, como la premonición de que aquel sería un día frío y brumoso. Néstor llenó el tazón de leche y volvió a coger la taza con agua sucia que pretendía ser café. Que no había manera de que le saliera un brebaje decente. Y eso que Gyula se esmeró en enseñarle. Él argumentaba que el problema era la cafetera, la estufa, la marca del café o la madre que lo parió. Frustrado por la inutilidad de sus esfuerzos, Salazar decidió obligarse a beber las infusiones que preparaba hasta que consiguiera una bebida decente. No era posible que a sus casi cuarenta años, todavía no fuera capaz de preparar un simple café.

Desde la mesa que separaba la cocina del comedor se concentró en observar a las gatas, mientras disfrutaban su desayuno. Tal vez eso le hiciera olvidar el sabor de lo que contenía su taza. Paca y su hija Lola se afanaban con los bigotes metidos en la leche. Él estaba seguro de que ni siquiera respiraban. Cuando el nivel llegó a la mitad, Paca estiró una de sus patas delanteras y apartó a Lola para hacer valer sus derechos sobre el pisolabis. La otra gata dejó de beber por un momento de confusión y volvió a intentar incorporarse a la tarea de vaciar el tazón, pero Paca no estaba dispuesta a ceder, así que la volvió a apartar. Néstor no pudo sino sonreír. Sin duda su gata estaba bien preparada para la supervivencia. Más o menos como él.

El comportamiento de las pequeñas truhanas le recordó a Isabel, la etóloga que contrató para que Paca superara el trauma de su esterilización. Néstor inició una relación con ella después de que Sofía lo abandonó, pero no funcionó. Sus caracteres eran incompatibles y se enfadaban con demasiada frecuencia, así que cuando a Isabel le ofrecieron trabajo en una reserva natural en Kenya, se marchó sin pensarlo dos veces. Quizá lo más positivo de la relación fue lo que Isa le enseñó sobre el comportamiento animal.

El móvil sacó a Salazar de su documental felino en directo, y lo regresó a la realidad. Esa mañana no le animaba mucho la idea de llegar a la comisaría, pues le esperaban una pila de informes y expedientes que debía revisar y firmar. El día anterior no tuvo oportunidad de colarle ninguno a Santiago, pues el muy pérfido no salió de su despacho ni para almorzar. ¡Desconsiderado! Así que le tocaba burocracia a tope.

Con la mente ocupada en esos razonamientos respondió el teléfono. Por supuesto que era Lali.

—Inspector jefe, perdone que lo llame tan temprano, espero no haberlo despertado.

—Descuida, Lali. Ya se te adelantó mi gata, que me rebajó la oreja cuando menos dos milímetros a fuerza de lametones.

—¿Señor? —preguntó la secretaria de la comisaría sin comprender las palabras de su superior. Había que ver lo excéntrico que era Salazar. Aunque tenía que reconocer que con él no se aburría.

—No te preocupes, cosas mías. ¿Qué ocurre?

—Nos llamaron por un cuerpo que encontraron al pie de los Riscos de Bilibio. Al parecer cayó desde la ermita.

—¿Cayó solo o lo ayudaron?

—Eso no lo sé, señor. Solo me reportaron la presencia del cadáver.

–De acuerdo, yo me ocuparé. ¿Ya avisaste a todo el personal?

–Si se refiere al juez, el forense y la Policía Científica, sí, señor.

Salazar se despidió de Lali para salir de inmediato hacia los riscos. Quería estar presente en el levantamiento del cuerpo. Antes de abandonar la buhardilla se puso su gabán arrugado y demasiado grande, alborotó un poco más su cabello y se aflojó la corbata. Ahora sí estaba listo. Paca seguía concentrada en su leche, sin retirar la pata de su hija para mantenerla a distancia. El inspector se preguntó si debía intervenir para solventar la injusticia, pero se lo pensó mejor. No quería inmiscuirse en asuntos felinos que no comprendía. Que se las arreglaran entre ellas.

Néstor se alegró de tener una excusa para tirar el resto del café. Al menos nadie podía decir que no lo intentó, pero cuando el deber llamaba había que atenderlo. Se felicitó a sí mismo por su sentido de la responsabilidad y su espíritu de sacrificio. Que sí. ¡Desconfiados!

Antes de marcharse de casa acarició a Paca detrás de las orejas, lo cual hizo que la gata levantara un poco la cabeza para soltar un ronroneo de placer. Hizo lo mismo con Lola, lo que desató un maullido de protesta de su egocéntrica gata.

–Hay que ser amable con los invitados, Paca –la reprendió.

Paca no dijo ni miau, pero su mirada no auguraba nada bueno. La pobre Lola ladeó la cabeza un poco confundida. Era evidente quién dominaba el territorio, a pesar de que la «huésped» vivía con ellos desde que Dika quedó embarazada, siete meses atrás. El médico le recomendó a su amiga mantenerse alejada de los gatos por el riesgo de toxoplasmosis, pero ella no estaba dispuesta a deshacerse de su gata, así que llevaron a las dos felinas al veterinario para asegurarse de que no portaban el peligroso parásito. Aun cuando Becerra les aseguró que ambas estaban tan

sanas que daba gusto, Gyula no quedó conforme. La paternidad lo traía un poco paranoico. Bueno, algo más que un poco. De acuerdo, estaba insoportable, así que Néstor ofreció su buhardilla como pensión felina y salvó la relación marital de su amigo.

Salazar bajó las escaleras y al salir del portal, se asomó al bar para saludar antes de seguir hacia la comisaría.

–Néstor. ¿Te preparo el desayuno?

–Gracias Gyula, pero voy con prisa. Y ya me tomé un café en la buhardilla.

–¿Un café preparado por ti? ¿En serio?

–Vamos, que tampoco estaba tan mal –protestó Néstor con actitud ofendida. Gyula no cambió su expresión de desconcierto–. De acuerdo, era una bazofia, pero al menos estaba caliente... O casi.

–Hay que ver que eres valiente, colega. ¡Eres mi héroe!

–Anda y vete a... Me voy que tengo prisa. No te olvides de alimentar a las gatas.

–¿Estás loco? Si se me olvida, Dika me cuelga de las orejas. Si menudo carácter se le ha puesto con el embarazo. Me trae loco.

–Tú ya estabas loco de antes. Y no me entretengas más.

Antes de que Gyula tuviera tiempo de responder, Néstor se alejó de La Callecita, rumbo a la comisaría. En la recepción encontró a García, como de costumbre. ¿Por qué él siempre estaba de guardia? Algún día tendría que averiguarlo.

Como Salazar sospechaba, era tan temprano que nadie más había llegado, así que cogió las llaves del Corsa y se encaminó a los Riscos de Bilibio. No sabía lo que iba a encontrar, pero al menos lo alejaría de los expedientes. Quien sabe, quizá luego tendría oportunidad de colarle algunos al comisario. Que para algo tenían que servir los hermanos mayores.

Capítulo 4

Néstor llegó a los riscos en buen tiempo. El pie de la ermita estaba repleto de coches oficiales y los agentes ya habían desplegado el perímetro de seguridad. El sol ganaba terreno sobre la niebla, aunque no lo suficiente para vencer el frío. Salazar bajó del Corsa y pasó por debajo de la cinta, al mismo tiempo que saludó con un gesto al agente que la vigilaba. El césped se hundió bajo sus pies como si se tratara de una moqueta. Cruzó el terreno hasta el punto donde se concentraba el mayor número de personas, junto al cadáver.

El inspector se alegró al comprobar que Aristigueta era el juez designado al caso. Sin embargo, hizo una mueca de disgusto cuando reconoció al forense. Se trataba de Tulio Robles, el nuevo fichaje de la morgue. Un médico joven de actitud petulante.

—Inspector, me alegra que le asignaran este caso —reconoció el juez—. Tengo la impresión de que va a ser complicado.

—¿Por qué lo dice, señor?

—No encontramos ninguna identificación en el cuerpo, así que por ahora no sabemos de quién se trata.

Néstor comprendió que el juez tenía razón y detalló los alrededores. Primero miró al cadáver, en el cual Robles mantenía centrada su atención, mientras ignoraba al policía como si no se hubiera enterado de su llegada. Luego Salazar levantó la mirada hacia la ermita y sintió un vacío

en el estómago. ¿Por qué alguien escogería una forma tan cruel para suicidarse?

—¿Sabemos si se trata de accidente, homicidio o suicidio? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

El forense continuó haciéndose el sordo, así que fue el juez quien le respondió:

—El doctor Robles prefiere no emitir una opinión hasta terminar el examen preliminar del cuerpo. Científica lleva un rato buscando evidencias por aquí y el jefe Barros se encuentra con un grupo arriba, en la ermita, así que supongo que pronto tendremos una idea de qué fue lo que ocurrió.

Néstor se acercó al cadáver y lo miró con detenimiento. Un escalofrío le recorrió la espalda. No supo si fue por el viento frío o por lo que vio. La víctima era un hombre en la treintena cuya apariencia física le recordó a Gyula. Sin embargo, esa no fue la causa de su estremecimiento, sino el estado del cuerpo. Estaba boca arriba y parecía un muñeco de goma por la posición imposible de sus extremidades. No necesitaba ser forense para comprender que sus huesos quedaron hechos añicos, pero lo que más le impresionó fue el estado de la cabeza. Se había partido por la mitad y lo único que la sujetaba al cuerpo era un colgajo de piel a la altura de la nariz. Un espectáculo desconcertante y aterrador.

—¿Puede adelantarme algo, doctor?

Robles le lanzó una rápida mirada de desaprobación.

—Supongo que la causa de la muerte es evidente hasta para un lego como usted.

Néstor cogió aire y contó hasta diez, antes de responder.

—No es por incordiar, Robles, pero necesito saber lo antes posible si este hombre se cayó, saltó o hay un hijo de puta suelto por ahí, capaz de hacerle esto a un ser humano. Es solo por justificar mi sueldo, ¿comprende? —añadió con sorna.